

# DESPERTAR

Jesús Gutiérrez



E. Ortega

**A**brí los ojos y lo primero que me dije fue:

—¡Hombre! ¡He salido de ésta!

Me encontraba en una especie de sótano, y sobre mí, junto al techo, había como un cojín de plástico negro con un reloj calendario digital en letras rojas en el que se leía:

19 NOV 00. Y en otra línea: 01 00.

Así que era ya la una de la madrugada. El cirujano me había dicho que me iban a dormir para varias horas más de lo necesario para que así los primeros momentos, los más duros, los pasase sin sentir.

Y me había despertado. Aunque tenía miedo de quedarme en la mesa, me habían dado de Arriba una prorroguita.

Estaba todo entubado. Aparte de los sueros y los drenajes, una sonda me entraba por la nariz. Le había comentado al médico que tengo el tabique nasal desviado y que la sonda sería un problema, pero no lo había sido.

Me encontraba completamente desasosegado.

Además sentía un sopor incontenible, por lo que hacía esfuerzos inhumanos para no caer dormido.

Se me cerraban los ojos y los abría, alarmado, con esfuerzo.

La 1 y 1 minuto.

Me parecía que si me dormía no me iba a despertar más. A mi parecer el permanecer en vela era absolutamente imprescindible para seguir viviendo. Algo parecido me pasó en un viaje nocturno en coche en el que yo iba de copiloto. Si me adormilaba, me despertaba sobresaltado. Me parecía que en el momento de cerrar yo los ojos, el coche se iba a estrellar.

La 1 y 2 minutos.

Estaba completamente sólo. Yo creía que la UVI era un sitio donde se estaba rodeado de enfermeras que velaban para que no le pasase nada a uno.

Yo estaba absolutamente abandonado.



La 1 y 3 minutos.

Y el sueño que me vencía. Mi lucha por no dormirme era titánica. Mantenerse despierto o morir. Esa era mi divisa.

La 1 y 4 minutos.

Pero el sueño era como una losa. Me adormilaba, y al momento me despertaba asustado.

La 1 y 5 minutos.

El dormir y el despertar era matemáticamente cada 60 segundos.

Y así seguí viendo todos los minutos de la 1, hasta el 59.

Cuanto más tiempo pasaba, la soledad parecía aumentar.

Las 2.

Recordaba cuando me metieron en el quirófano. Había tres grupos de luces sobre la mesa de operaciones. Uno de dos focos y dos de tres. El médico me había preguntado si tenía miedo o si estaba tranquilo. Le dije que muy tranquilo, como así era. Lógicamente me habrían dado algún calmante porque iba igual de tranquilo que si fuese a oír un concierto, por ejemplo.

Las 2 y 1 minuto.

¡Qué susto! ¡Me había adormilado otra vez!

Iba saliendo victorioso de aquella lucha entre la vida y la muerte. Me adormilé 60 veces aquella hora también, pero vi en la almohadilla los 60 minutos uno a uno. El 1, el 2, el 3, el 4, el 5...

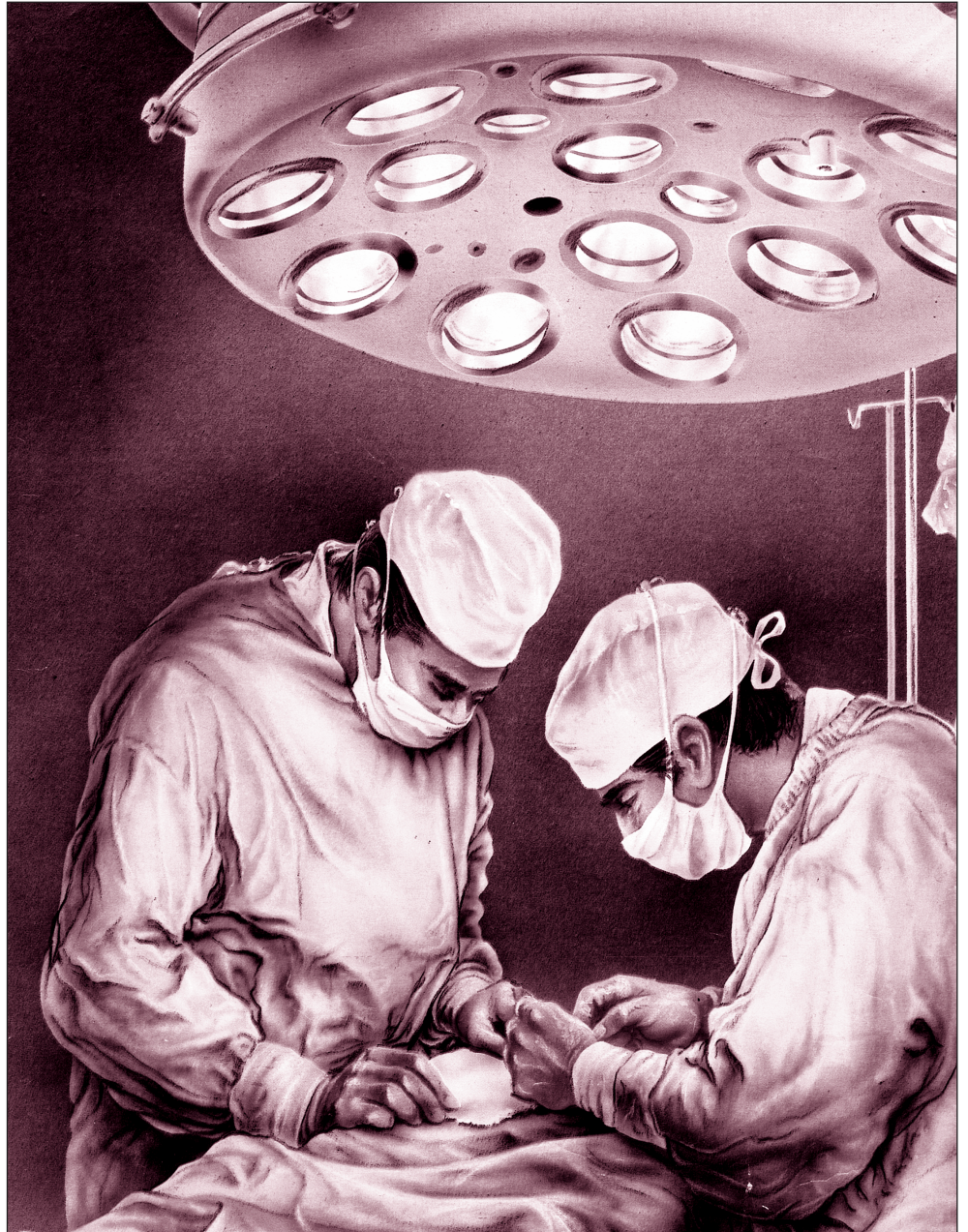
Las 3.

La hora de las brujas. Ahora sí que tiene que pasar algo. Se me acercará algún médico o alguna enfermera y me dirá algo. Me preguntará qué tal estoy. El panorama cambiará por fin.

Las 3 y 1 minuto.

No puede ser. Me siento completamente abandonado, olvidado, preterido. No sé si estoy en el cuarto de los trastos como un mueble inútil o en un garaje sombrío como un coche con las cuatro ruedas pinchadas.

Me vuelvo a adormilar y me despierto con sobresalto.





Las 3 y 2 minutos. Bueno, yo ya digo que he salido con bien del trance. Pero ¿no estaré en la otra vida, en el mismo sitio donde me he muerto, y el sufrimiento que siento es el que me he merecido en este valle de lágrimas?

Las 3 y 3 minutos.

Aunque pienso que en un cojín de plástico negro, de esos que se inflan con la boca, no puede haber números y letras, yo estoy viendo perfectamente el reloj-calendario. Con unas hermosas y luminosas letras rojas.

¡Qué susto! ¡Me dormía otra vez!

Las 3 y 4 minutos.



José María Ponce

Además estoy sin gafas, ¿cómo veo tan bien la hora? Sin gafas, sin dentadura postiza, sin anillo de casado y, lo que es peor, sin medalla escapulario. Hay que quitarse todo para la operación.

Las promesas del escapulario eran si se moría con él puesto. Me acordé de ello cuando me lo quité, pero era imprescindible. ¡Si me afeitaron desde el cuello hasta el pubis y todo para abrirme el pecho!

Las 3 y 5.

Y otra vez, 60 minutos en que me adormilaba y los mismos 60 minutos en que me despertaba sobresaltado. Los veía exactamente todos en el reloj, uno a uno.

Las 4.

Sentí como una sombra que se movía a cierta distancia, una sombra que se trasladaba de un lugar a otro. Seguramente de alguna enfermera: la sombra parecía femenina.

¡Ahora sí que vendrán!...

¡Vana esperanza!

Otra vez minuto a minu-

to, las 4 y 1 minuto, las 4 y 2, las 4 y 3, las 4 y 4...

Me pongo a pensar que recuerdo lo de las luces del quirófano y lo que me preguntó el médico de que si estaba tranquilo. Pero de después no recuerdo absolutamente nada.

¿Me dieron alguna inyección para dormirme?

¿Me pusieron alguna mascarilla?

¡Ni la menor idea!



Las 4 y seis.

¡La angustia de los minutos que los tengo que pasar de uno en uno!

Las 5.

Ahora sí. Ahora tiene que aparecer alguien que termine con esta angustia, con este abandono, con esta pesadilla. A las tres, no sé por qué, me he creído que era la hora clave. A las tres no, pero a las cinco, seguro que sí.

Las 5 y 1 minuto.

Llevo ya cuatro horas y el panorama no cambia.

Siento que me tiran las grapas, las 93 grapas de acero inoxidable que más tarde tendría ocasión de contar.

Las 5 y 2.

Me han operado a corazón abierto. Mientras la sangre circulaba impulsada por máquinas, me han quitado cuatro trozos de vena que me entraban en el corazón y que estaban obturados de grasa, (estás a punto de que te dé un infarto, me había dicho el médico), y me los habían sustituido por trozos de una vena extraída de la pierna.

Las 5 y 3.

Me siento encogido. Parece que me han cosido el ombligo con la nuez.

No puedo moverme casi ni para respirar. Respiro con sumo cuidado para que no me estalle el pecho.

Las 5 y 4.

Si me muevo, me duele todo.

Las 5 y 5.

¡Y yo todavía en aquel garaje!

¡La angustia de cada minuto! ¡El adormilarme, el despertarme asustado, el ver un minuto más el reloj!

Las 6.

¿Tampoco ahora? ¿No va a venir nadie tampoco ahora? ¿No será la hora del relevo y se acercará alguien a decirme algo?

¡Tampoco!

Debió ser la Virgen del Carmen, a pesar de no llevar su escapulario, la que echó un velo sobre mis ojos y me regaló un sueño reparador.

Me desperté a las 11.

Detrás de mi camilla había un camillero que me decía:

–Voy a subirle a su habitación. Ya le están esperando allí sus familiares.

Me sacó de aquella especie de sótano-garaje, me llevó por unos pasillos y me metió en un ascensor.

Al entrar, las ruedas de la cama rebotaron en los canales de las puertas y pareció que me daban docenas de puñaladas en el corazón...